



ADMINISTRACION
Santa Isabel, 39, 2.ª derecha.

PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES
La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 145

SUMARIO

La Luz.—La doctrina de la salvación.—Paganismo y cristianismo (conclusion).—Terrible estadística.—Salmo quinto (version de J. B. Cabrera).—La Alianza Evangélica de Halifax á los parientes y amigos de D. Antonio Carrasco.—Noticias.

LA LUZ.

MADRID 15 DE MARZO DE 1874.

Hay una clase en la sociedad que se dice que es la representante de Dios en la tierra. Son unos hombres que visten de negro, y á quienes está prohibido por sus cánones llevar barba y casarse. Deben hacer penitencias, rezar mucho, asistir á los enfermos y ser caritativos. Su código es el Evangelio. Les está prescrito amar la paz, predicarla y sobre todo vivirla. Deben ser un ejemplo constante de moderación, de humildad, de mansedumbre y de continencia; en una palabra, la luz sobre el monte, de que hablan las Escrituras. Deben sujetar sus pasiones y prestar respeto á las autoridades temporales, cualesquiera que ellas sean. Su reino no es de este mundo, como el de Jesucristo. Su campo de acción son las almas; los medios de llegar á ellas, la persuasión y la convicción. Las palabras de venganza y de cólera no se han hecho para sus labios: el anatema se encuentra en la historia y no en el Evangelio. Deben tener el corazón lleno de lealtad, de amor, de benevolencia, de buena voluntad, de simpatía, de misericordia. Deben ser como la bondad que jamás se encoleriza. Deben ser un ideal realizado; una sonrisa de Dios rizando la superficie de la tierra; más que hombres y menos que ángeles; sacerdotes de todos los amores y de todas las caridades.

¿Lo son acaso? Veámoslo.

La sociedad entera ha progresado y ellos han quedado inmóviles; creyéndose heridos, perjudicados, lastimados, han puesto el grito en el cielo, y cuando se ha derribado una iglesia, han dicho que se demolia la religión de real orden; y cuando se suprimía un día de fiesta, que se suprimía el culto religioso; y cuando unas monjas imploraban la caridad particular, que el Estado era un monstruo impío que dejaba morir de hambre á las siervas del Señor. Babiécadas neo-católicas.

Y circunscribiéndose á España, el clero jamás se ha resignado á la situación á que le han traído las vicisitudes de los tiempos. El clero español se diferencia de todos los demás del mundo por sus especialísimas cualidades. Ignorantes en su mayor parte; con una ciencia atrasada los clérigos que tienen alguna; indolentes y deseosos

de acabar la misa para no pensar en nada en todo el día, así son. Me complazco en reconocer que hay algunas honrosas escepciones entre ellos, llenas de ilustración y de excelente espíritu cristiano; pero son pocas. Ese cura de aldea lleno de desinterés y de mansedumbre, es un tipo creado por los novelistas y los autores dramáticos, y no existe en la realidad. Es el ideal del género, el curatipo, el sacerdote de nuestras esperanzas. Y luego hay en el carácter del cura español esa sangre española de nuestros montañeses que le hace aventurero, cazador, guerrero, todo menos cura. Y esto no lo digo yo: lo dice toda nuestra historia patria.

El español siempre es el antiguo celtíbero: batallador, errante, pendenciero. Si los tiempos han quitado de nuestro antiguo carácter algunas cualidades constitutivas, el fondo es siempre el mismo. El cura español participa de las bellezas y de los defectos de nuestra raza. La misma fe popular hacia en pasadas edades presentarse á los santos armados de punta en blanco á pelear en favor de los cristianos en la cruzada secular contra los moros. San Millán se presenta en los campos de batalla vistiendo pintado traje y luciendo vistosas armas; Sant-Yago, después Santiago, derriba á docenas las cabezas de infieles; San Jorge, con su cruz roja y su caballo blanco, no deja con vida á un enemigo. Los milagros, como el de Clavijo, menudean. Las crónicas están llenas de misticismo, y las más están escritas por frailes. El fraile muchas veces hace la historia y la escribe.

El antiguo obispo español es el obispo más batallador de la cristiandad. Si el rey va á la guerra, el obispo va con él, y pelea cuando hay necesidad de pelear. Bajo la vestidura sacerdotal lleva la armadura del guerrero, y muchas veces hace de la mitra un casco. En la batalla de Valdejunquera, los cristianos mataron á dos doctores musulimes, y los sarracenos hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. El conde Armengol de Urgel, yendo á auxiliar al árabe Muhammad, llegó con sus catalanes hasta cerca de Córdoba; llevaba consigo tres obispos, y los tres murieron peleando como buenos soldados cuando se dió la batalla. En los malos tiempos de la Edad Media, el abad descendía de su abadía murada y torreada, puesta sobre el pico de la roca, como el nido del águila, y en vez de prestar auxilio al viajero miserable, le robaba y le saqueaba, lo mismo que hacían el barón y el señor solariego. El arzobispo de Toledo capitanea en el siglo XV los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra los soldados

de Enrique IV el Impotente; Cisneros, cardenal y franciscano, ordena el asalto de Orán; el obispo Acuña pelea seguido de una numerosa legión de clérigos por las libertades castellanas en Villalar; los párrocos abandonan sus parroquias y los frailes sus conventos para salir en la guerra de la Independencia á pelear contra el primer capitán del siglo, y después, en la guerra civil, la corte de Oñate y los campos de batalla están atestados de clérigos que saben manejar el trabuco tan bien como mal saben cumplir con su ministerio religioso.

No nos estrañe, pues, lo que vemos. Si las parroquias hoy se ven abandonadas por sus párrocos, precedentes hay en la historia patria. El cura español no falta á su tradición de clase y de familia. Es hoy el de la Edad Media, salvas las modificaciones introducidas en su carácter por los tiempos. Y lo doloroso es que este carácter ni se cambia ni puede cambiarse.

A lo menos en otra época, la fisonomía especialísima del cura español destacábase de entre las demás clases sociales en toda su originalidad y en su más soberana independencia. La corte romana no ejercía influencia sobre España ni sobre el clero español.

Hoy sí. ¿No querrá esa clase acercarse verdaderamente al Señor, regenerarse por la eficacia de la sangre de Jesús y dedicarse solo á una vida de humildad y de santidad?

LA DOCTRINA DE LA SALVACION (1)

II.

TESTIMONIOS DE LA HISTORIA Y DE LOS PROFETAS CONTRA LAS DECLARACIONES TALMÚDICAS.

Examinemos en primer lugar la declaración de la Iglesia hebrea, y veamos si es verdad que «el mundo venidero (la felicidad eterna) está reservado únicamente para los justos, y que estos son los israelitas, todos los cuales tienen parte en esa vida futura,» ó, lo que es lo mismo, si un hebreo, por su cualidad de tal, está exento de caer en el error y tiene un derecho exclusivo é imperecedero á su salvación eterna.

Lejos sea de nuestro ánimo atacar en lo más mínimo á la antigua religión hebrea fundada en el pacto hecho por Dios con los Padres del pueblo israelita, como figura del nuevo pacto hecho por Dios con Jesucristo como sustituto de la humanidad y sellado con la sangre del Mesías prometido á los mismos Padres. Ni tampoco intentamos vilipendiar á ese pueblo judío, cuyos infortunios, si bien merecidos, reclaman nuestras simpatías, que nos obligan á desear para él la misericordia de nuestro Dios, que es también su Dios. Lo que nosotros combatimos siempre es esa obstinación funesta en que se halla, ese orgullo de raza y

(1) Véase el núm. 144.

esa tradicion rabínica, que cubriendo sus ojos de un velo tupido no le permite ver en Jesucristo al Mesías prometido á sus Padres, anunciado por sus Profetas y figurado en todos los hechos de su historia civil y religiosa.

Hechas estas salvedades, que creemos necesarias, debemos decir que las declaraciones talmúdicas son enteramente contrarias á los hechos de la historia y á las declaraciones terminantes de la Ley y de los Profetas.

¿Qué otra cosa es la historia del pueblo hebreo más que una sucesion constante de grandes aberraciones, de trasgresiones ingratas, de errores, de idolatrías y de castigos mandados por Dios en pena de esos delitos? Apenas el pueblo sale de Egipto entre prodigios sin cuento, se rebela contra su Dios y adora al becerro de oro;—la generacion, que pasó al Mar Rojo, pereció toda en el desierto á causa de su incredulidad;—casi toda la nacion se opone á la verdad de Dios y la persigue en los dias de Elías;—su amor al error fué causa de que ese pueblo sufriera en Babilonia una cautividad por espacio de setenta años;—despues sus culpas le sujetaron al dominio de los romanos, y, por último, el no haber aceptado el reinado del hijo de David llenó la medida de sus maldades y le ha arrojado en medio de las naciones, disperso, abatido, escarnecido y perseguido de todo el mundo, sin rey ni sacerdote, suspirando siempre por su Jerusalem y viendo que pasan los dias y los siglos sin que se levante su cautiverio. Estos son algunos de los hechos culminantes de su larga historia: ¿qué prueban estos hechos? Prueban que los israelitas, como nacion, han caido muchas veces en el error y en la idolatría, que no siempre han sido justos, y que ese derecho inalienable que pretenden tener á la vida futura, es un derecho que siempre se les puede disputar.

Estas deducciones están perfectamente conformes con el testimonio de los Profetas, en los que hallamos muchos pasajes que prueban terminantemente el error general, tanto de los sacerdotes como del pueblo. Por ejemplo, leemos en Jeremías, VI, 12-13: «Estenderé mi mano sobre los moradores de la tierra, dice Jehová: porque desde el más chico de ellos hasta el más grande de ellos, cada uno sigue la avaricia; y desde el Profeta hasta el sacerdote todos son engañadores.» Mas los autores del Talmud, para eludir este testimonio y otros análogos y seguir sosteniendo su asercion esclusiva, dicen al neófito: «Si les ves (á los hebreos) angustiados en este mundo, es porque sus bienes les están reservados en el otro, por cuanto ellos no pueden recibir abundancia de bienes en este mundo, como las naciones, etc., etc.» (Véase el artículo anterior.) Pero esto contradice por entero á la ley de Moisés, que en muchos lugares promete abundancia de bendicion temporal á Israel, si es obediente á ella. «Y será, que si oyeres diligente la voz de Jehová tu Dios, para guardar, para poner por obra todos sus mandamientos, que yo te prescribo hoy, tambien Jehová tu Dios te pondrá alto sobre todas las gentes de la tierra, y vendrán sobre tí todas estas bendiciones y te alcanzarán, cuando oyeres la voz de Jehová tu Dios; bendito serás tú en la ciudad y bendito tú en el campo, etc., etc.» (Deuteronomio, XXVIII 1 etc., etc.) Hé aquí, pues, la bendicion temporal en abundancia prometida á la obediencia, y la maldicion que ha caido sobre Israel, no es á causa de su piedad, sino por su desobediencia, como dice despues Moisés (v. 15 y siguientes), «y será que si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para cuidar de poner por obra todos sus mandamientos y sus estatutos, que yo te intimo hoy, vendrán sobre tí todas estas maldiciones, y te alcanzarán: etc., etc.» Precisamente, como dice el Señor por el Profeta Jeremías algunos siglos despues: «Oye, tierra: hé aquí, yo traigo mal sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos; porque no escucharon á mis palabras y aborrecieron mi ley.» (Cap. VI, 19.) «Vuestras iniquidades, dice el mismo Profeta en otro lugar, han estorbado estas cosas, y vuestros pecados apartaron de vosotros el bien.» (Id. cap. V, 25.)

Ante testimonios tan irrecusables, ¿quién negará la posibilidad de que un israelita caiga en el error? ¿No se vé aquí una contradiccion manifiesta entre los autores de la ley talmúdica y Moisés y los Profetas? ¿De parte de quién está la verdad? No ignoramos las causas que han movido á aquellos á hacer tales declaraciones, y sabemos muy bien lo que pueden el orgullo de raza y el deseo de adular á un pueblo entero. Sabemos tambien que el corazon humano se deja engañar con facilidad, y que los hombres estamos prontos á escuchar y creer todo lo que tiende á nuestro engrandecimiento personal. Este ha sido el objeto de los autores del Talmud: adular, engrandecer á su pueblo y

presentarle más puro, más santo y más alto que todas las naciones de la tierra, incluidas las naciones cristianas. Por eso declaran que «solo los israelitas son los justos,» y que «para ellos está exclusivamente reservado el reino de los cielos.»

Bien distinta es, empero, la doctrina de Moisés y de los Profetas. Moisés dice: «Por tanto sabe que no por tu justicia Jehová tu Dios te da esta buena tierra para poseerla; que pueblo duro de cerviz eres tú....» «rebeldes habeis sido á Jehová desde el dia que yo os conozco.» (Deut., IX, 6, 24.) Isaías dice de Israel: «¡Oh, gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generacion de malignos, hijos depravados! Dejaron á Jehová, provocaron á ira al Santo de Israel, tornáronse atrás, etcétera, etc. (Is., I, 4 y sig.) Jeremías dice: «¿Mudará el negro su pellejo y el leopardo sus manchas? Así tambien podreis vosotros hacer bien, estando habituados á hacer mal.» (Jer., XIII, 23.) En el libro de Ezequiel dice Dios al Profeta (II, 3, 4): «Hijo del hombre, yo te envío á los hijos de Israel, á gentes rebeldes que se rebelaron contra mí; ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo dia. Yo, pues, te envío á hijos de duro rostro y de empedernido corazon;» y en el cap. III, 7: «Mas los de la casa de Israel no te querrán oír, porque no me quieren oír á mí; porque toda la casa de Israel son tiesos de frente y duros de corazon.»

No queremos cansar á nuestros lectores con la aglomeracion de citas, tomadas de los Profetas, que todas prueban que la nacion hebrea ha prevaricado muchas veces y se ha hecho acreedora á los grandes castigos que sobre ella ha enviado el Señor. No es, pues, la justicia y la santidad lo que más resalta en la historia de ese pueblo, y solo el orgullo y la vanidad han podido hacer decir á los autores de la tradicion talmúdica que «solo los israelitas son justos.» No porque nosotros pretendamos que los gentiles sean de mejor condicion que aquellos, al contrario: al leer esos pasajes de los Profetas, reconocemos que el cuadro que ellos trazan de Israel conviene mucho más á los pueblos gentiles. Es una sentencia tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, «que no hay justo ni aun uno....» por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.» (Rom., III, 10-23.) Nadie tiene, pues, de qué gloriarse; todos hemos pecado y nadie hay que pueda reclamar un derecho de justicia á la vida eterna. Si el pueblo hebreo se vé perseguido y angustiado en este mundo, es porque sus trasgresiones le han hecho indigno de las bendiciones temporales que Dios le prometió por Moisés, y en cuanto á que sus bienes le están reservados en el mundo venidero, no será en virtud de su justicia ni como un privilegio exclusivo. Él se ha apartado del camino de la verdad y de la virtud como las demás naciones, y no tiene por qué reclamar para sí el depósito de ellas. Reconocemos como el Apóstol Pablo (Rom., III, 1, 2) que son muchas las ventajas de los judíos sobre los gentiles, y que ellos nos son amados por los Padres (XI, 28); sabemos que ellos han sido los depositarios de la Palabra y de las promesas de Dios, pero sabemos tambien que Dios no es aceptador de personas, y que su amor es bastante grande para abrazar á todos los hombres. Y sabemos, por último, lo que dice el Señor por Malachías (I, 11): «Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece á mi nombre perfume y presente limpio; porque grande es mi nombre entre las gentes, dice Jehová de los ejércitos.»

Fundados en estos testimonios rechazamos la tradicion talmúdica que los contradice, y creemos en la declaracion del Nuevo Testamento, enteramente conforme con el Antiguo, que dice «que no hay diferencia de judío y de griego, porque el mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.» (Rom., X, 12 y 13.)

(Se continuará.)

M. ALONSO.

PAGANISMO Y CRISTIANISMO

(Conclusion.)

Los hombres han inventado diversas formas de ascetismo, tales como las perfecciones escepcionales, las virtudes de superrogacion, los consejos que, dirigiéndose solo á algunos, parecen tener más escelerencia que los mandamientos que son dirigidos á todos. No hay nada de eso; en el Evangelio dice á todos sin es-

cepcion alguna: «Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre Celeste es perfecto.»

Los hombres han establecido diversos géneros de farisaismo, tales como distinguirse por actos uniformes y hacerse visibles entre los otros hombres con prácticas exteriores. El Evangelio nos prohibe la mundanidad, y por más que nos deja en el mundo, nos manda separarnos del mal.

Los hombres han sustituido la mutilacion á la santidad, siéndole al hombre más fácil mortificarse que trasformarse, y por eso se han prohibido así los goces como los derechos comunes á todos, como si por la supresion de las ocasiones se pudiera anular el pecado. El Evangelio no mutila nada, no suprime nada; pero él lo remueve todo. El Evangelio hace hombres queriendo que los hijos de Dios «viviesen en la tierra» que sean esposos, padres, ciudadanos, y no queriendo tampoco que sean extraños á la ciencia, á la política, á la literatura y á los artes, como á los goces inocentes de que su bondad ha sembrado nuestra vida. Pero él quiere al mismo tiempo que todas estas cosas sean purificadas y santificadas por el espíritu cristiano, haciendolo verdaderamente «nuevas todas las cosas.» (Apoc. XXI, 5.)

Los hombres han descubierto la falsa autoridad, y por falta de una cosa mejor han creido deber revestirse de una capa de tristeza afectada. Para el Evangelio los bienes son bienes efectivos, y á la vez que nos manda «estar siempre gozosos» (I Tes. V, 16), solo él nos dá á conocer los dolores santos, los solos que son buenos; es decir, el dolor del pecado y de haber ofendido á Dios. Tambien el Evangelio nos impone la obligacion de los sacrificios verdaderos que consisten en «negarse á sí mismo» (Mateo XVI, 24), puesto que solo él nos hace sufrir los amargos instantes de agonía que lleva consigo la lucha incesante, así contra el mal que está fuera de nosotros, como contra el que encontramos en nuestros corazones. Esta es la razon por la que puede decirse que el Evangelio es sumamente ancho y santamente estrecho.

Terrible estadística.

Para solaz ó instruccion de nuestros lectores, vamos á exponer una estadística de los papas usurpadores, de puestos, expulsados, envenenados y muertos violentamente de mil distintas maneras.

Desde Simon Pedro hasta Pío IX ha habido 293 papas.

Veamos la suerte que ha cabido á los más de estos: De estos 293, 31 han sido considerados como usurpadores ó antipapas.

29 han muerto violentamente, de los 262 papas legítimos.

De otros 35 muertos violentamente, 18 fueron envenenados, á saber: Juan XI, Clemente II, Dámaso II, Estéban IX, Pascual II, Juan XXIII, Gelario II, Benedicto XI, Alejandro V, Pío III, Alejandro VI, Adriano VI, Marcelo II, Urbano VIII, Clemente VIII, Clemente XIV, Leon XI, y por último, el artista Leon X no se sabe si murió envenenado, de viruelas, ó de las dos cosas á la vez.

Asesinados murieron 4 papas, que fueron Juan VIII, Leon VI, Leon VII y Juan XII.

13 murieron de diversas maneras. Estéban VI estrangulado, Leon III y Juan XVI mutilados, Juan X ahogado, Benedicto VI con un lazo al cuello, Juan XVI de hambre, Lucio II á pedradas, Gregorio XIII enfermo, preso en una caja de hierro, Celestino V de un lanzazo, Clemente V fue quemado en su lecho de agonía, Bonifacio VIII se suicidó, Urbano VI murió á causa de una caída de caballo, Paulo II murió asesinado con las mismas puntas de su tiara, y Pío VI consumido en los brazos de su querida. Resulta, pues, que 64 papas han perecido de una manera extraordinaria, sin contar otros 20 que han muerto de repente, de tristeza y de otras mil maneras.

26 papas han sido depuestos, expulsados ó desterrados, y fueron los siguientes: Sergio III, Benedicto V, Leon VIII, Juan XIII, Benedicto VIII, Silvestre III, Gregorio V, VII, IX y XII, Alejandro III, Urbano V y VI, Pascual II, Gelario II, Inocencio II y IV, Eugenio III y IV, Adriano IV, Lucio III, Martino IV, Pío IV, VII y IX, y Juan XIII, el cual fué cazado por Martino V como si se tratase de una fiera.

Fueron herejes por no creer en dogmas que hoy cree la Iglesia católica romana, 21 papas, á saber: Marcellino, Zephirino, Cornelio, Marcelo, Silvestre I, Dámaso, Eleuterio, Inocencio I, Virgilio, Pelagio I, Zórimo, Fe-

lio III, Honorio I, Hormisdas, Juan II, Juan VIII, Sixto V, Leon III y Atanasio y Gregorio el grande.

A más de estos ha habido muchos pontífices á quienes se ha acusado de homicidio.

Tenemos, pues, en suma, 90 papas muertos violentamente, expulsados, depuestos y desterrados; 33 que no creyeron en muchos de los dogmas que predica la Iglesia católica, y 28 que llamaron en su ayuda al extranjero para que les sostuviera en el trono pontifical, sin cuya ayuda hubieran sido también expulsados, muertos ó asesinados.

El escritor de quien tomamos estos datos añade al fin de esta estadística tremenda: «¿Qué dinastía y qué institución en el mundo tuvo nunca una historia semejante?» Y en efecto así es.

De 262, 153 papas no han sido dignos de ser pontífices. Y estos 153, asesinos, infames, concusionarios, inmorales, según la última declaración dogmática del concilio del Vaticano, ¡han sido infalibles! Cuesta trabajo creer que haya una institución en la historia que á hombres de aquella estofa les haya llamado vice-dioses é infalibles; y sin embargo, esa institución existe aun, aunque cada día más decrepita, y se llama el papado.

El pontífice tiene contra sí el peor de los enemigos, que es el espíritu humano que camina incesantemente en busca de la verdad.

Esa verdad está en la renovación del catolicismo, en su vuelta al cristianismo primitivo, en su conversión á la verdadera doctrina de Jesús.

¿Puede ser verdadera una religión que á su cabeza ha tenido infames en vez de directores y monstruos en vez de hombres?

Contesten á esto los ultramontanos.

SALMO QUINTO

Oracion de David, en que denuncia la ruina y perdición de los malos, y la proteccion y defensa que Dios concede á los que le aman y ponen en él su confianza.

AL MÚSICO PRINCIPAL SOBRE NEHILOTH. SALMO DE DAVID

Tú mis palabras, Señor, escucha;
Lo que mi pecho medita, vé.
De mis clamores la voz atiende,
Rey y Dios mio, que á tí oraré.
En la mañana oirás mi acento:
Sí, de mañana dirigire,
Señor, mis preces á tí, y sumiso
Que me respondas esperaré.

Porque tú no eres un Dios que ponga
Sus complacencias en la impiedad,
Ni jamás puede tener morada
Junto á tí el hombre de iniquidad.

No podrán nunca los insensatos
Ante tus ojos permanecer,
Pues aborreces á cuantos tienen
Por su delicia maldad hacer.

Los que en mentiras su lengua emplean
Destruirás tu indignacion:
El sanguinario y el fraudulento,
Abominables, Señor, te son.

Mas en tu casa yo, de tus muchas
Misericordias cierto, entraré:
Hacia tu santo templo mirando
Con reverencia te adoraré.

En tu justicia guiame recto,
Y tu camino dispon, Señor,
Ante mis ojos, porque me acechan
Mis enemigos en derredor.

No hay en su boca verdad, sus pechos
de pravedades llenos están;
Es su garganta sepulcro abierto,
Y con su lengua lisonjearán.

Juzga á los tales, ¡oh Dios! y caigan
De sus consejos; en dispersion
Ponles á causa de sus maldades,
Porque rebeldes contra tí son.

Y alegraránse los que confían
En tí; y eternos cantos dirán,
Pues los proteges tú; y en tí, cuantos
Aman tu nombre, se gozarán.

Porque con mano benigna siempre,
Señor, al justo bendecirás;
Y de tu santa benevolencia
Como un escudo le cercarás.

Version de J. B. Cabrera.

LA ALIANZA EVANGÉLICA DE HALIFAX NUEVA ESCOCIA, DOMINIO DEL CANADÁ

Á LOS PARIENTES Y AMIGOS DE D. ANTONIO CARRASCO
PASTOR DE MADRID

Queridos amigos cristianos:
En la grande aflicción que nuestro buen padre celestial os ha enviado retirando súbitamente á D. Antonio

Carrasco del seno de su querida familia y de sus útiles trabajos, la Alianza Evangélica de Halifax desea espresaros sus más profundas simpatías.

La noticia del triste desastre, en el cual tantas almas inmortales fueron precipitadas en la inmediata presencia de Dios, de su juez, ha sido recibida por nosotros con los sentimientos de una profunda tristeza, y particularmente cuando supimos que nuestros hermanos D. Antonio Carrasco y Mr. le Professeur Pronier habian perecido en la escena de muerte que siguió al terrible encuentro de dos buques tan preciosamente cargados. A dichos hermanos algunos miembros de nuestra Alianza habian dado pruebas de afección cristiana en la reunion de Nueva York. Cuán horrible es para el espíritu el cuadro de centenares de preciosas almas arrebatadas á su sueño para huir del buque que estaba sumergiéndose en las furiosas olas. Sobre más de una mejilla el pálido temor se retrataba, y una grande confusión llenó más de un corazón; pero estamos persuadidos que aquellos hermanos en el Señor eran fuertes en fé y que se habian encomendado con una entera confianza en las manos de su Padre, que está en los cielos. A otros la consternación les podia haber paralizado; pero no han podido temer mal alguno aun andando en el valle de sombra de muerte porque su Padre, su Pastor (Jehová) estaba con ellos y su vara y su cayado les infundia aliento. Conocieron que era la voz de su Maestro, el cual los llamaba á dejar la tierra para estar con Cristo, lo que es mucho mejor. Ellos vivieron como cristianos, y sin duda alguna han muerto como cristianos. «Los endechadores andarán en rededor por la plaza.» (Eccles., XII, 7.) Mas no se lamentarán como los que no tienen esperanza.

Queridos amigos cristianos: Dios os llama á confiar en Él, aunque no podais comprender ni explicar sus providencias. Él llama muchas veces á sus siervos de en medio de su vida y de sus trabajos llenos de buen éxito. Preciosas vidas han sido cortadas en su justicia y millares de personas abandonadas en las familias y en la Iglesia, se lamentan. «Sus juicios algunas veces son un gran abismo» (Rom. XI, 2) «y sus caminos insondables.»

Mucho esperaban los cristianos evangélicos de los futuros trabajos en España del Pastor D. Antonio Carrasco. Sus talentos escepcionales, su ciencia, su piedad y su constante fidelidad inspiraron en el corazón de dichos cristianos grandes esperanzas; pero no han visto cumplirse lo que deseaban. Este porta-estandarte ha caído; sus trabajos sobre la tierra han terminado. Si Dios hubiera prolongado su necesaria y dedicada vida, su influencia en lo futuro se hubiera extendido cada vez más que en el pasado. Su escrito sobre el protestantismo en España, leído en la conferencia de la Alianza Evangélica de Nueva-York, hizo conocer á muchos sus distinguidos talentos, su ciencia y su celo

mirada desdeñosa, un corazón frío é indiferente!

Sin embargo, gracias á Dios, no son raros los casos en que unos esposos han pasado juntos muchos años, ayudándose mutuamente á soportar las pruebas de la vida, siendo cada día más querido el uno del otro, y viviendo cada vez más el uno para el otro aplicándose en formar sus disposiciones sobre el mismo divino Modelo y siendo animados del mismo Espíritu. Semejantes á esas nubes de la tarde, iluminadas de un mismo tinte y doradas por el sol poniente, sus deseos, sus esperanzas, sus alegrías han concluido por confundirse poco á poco, de modo que el ardor de su amor naciente no tiene comparación con la afección profunda y madura de una edad más avanzada.

Pero, preciso es decirlo, yo creo que en vano se buscarán tales bendiciones en el matrimonio, no siendo en el pueblo de Dios. Es necesario que el corazón del hombre haya sido ablandado por el fuego del Espíritu, y que el hombre mismo se haya hecho *nueva criatura en Cristo* (II Cor., V, 17) para ser hecho capaz de recibir impresiones tan benditas. Es necesario que el germen envenenado de una naturaleza egoísta y corrompida haya sido arran-

la vida de familia. Un estado de salud delicado y padecimientos prolongados han alejado también á menudo de la mujer el corazón inconstante de su marido. Hay más, tal es la miseria de la naturaleza humana que la influencia inevitable del tiempo sobre los atractivos exteriores, basta á veces por ella sola para enfriar y hasta destruir la afección conyugal, si esta no tiene fundamentos sólidos. Por otra parte la conversión de la mujer ha sido más de una vez la causa primera del mal querer de su marido. En el mundo venidero, cuando sean manifestados todos los secretos, se descubrirá que muchos esposos que habian andado de acuerdo, amándose aun hasta la idolatría, mientras vivian en el olvido de Dios, han visto cesar el amor mútuo que los unía, desde el momento en que plugo á Dios revelarse al uno de los dos. Sí, ¡cuántas mujeres tiernamente amadas, mientras que de acuerdo con sus maridos abandonan la alianza de Dios, pero que reconocen con espanto, desde que dirigen sus pasos hacia Sion, que el amigo de su corazón es el enemigo de su alma, que tienen una cruz que llevar, con la cual estaban lejos de contar, y que su lote en este mundo será en adelante un interior abandonado, una

CAPÍTULO III

El amor conyugal.

El primer deber de los esposos, deber tan sagrado que la menor sospecha acerca de esto desmoronaría su dicha por su base, es de mantener la santa é inalterable fidelidad que se han jurado el día de su union.

¡Qué beneficio tan grande nos ha concedido la bondad de nuestro Dios, derramando en nuestra patria (Inglaterra) una idea tan alta de lo que ha de ser la santidad del hogar doméstico, que los casos de infidelidad conyugal chocan el sentido moral de la nación y llaman la execración pública sobre los que se han hecho culpables de ellos! Sin embargo, puede haber locura, ligereza, allá donde no hay trasgresión positiva de un mandamiento. No debieran nunca perder de vista que la ins-

religioso; admirando todos sus dotes, y le agradó mucho su espíritu grave y humilde. Fué un gran privilegio gozar de la compañía de aquel siervo de Dios. Su utilidad empezó á ser conocida en todo el mundo. Todos comprendían que esta preciosa vida era importante para el adelantamiento de la pura religion en España. Pero Dios, llevándose cerca de sí á su siervo, ha declarado una vez más que sus caminos no son nuestros caminos, ni sus pensamientos nuestros pensamientos. Encomendamos al Dios y Padre de la viuda y de los huérfanos los de D. Antonio Carrasco. Que Dios santifique para vuestro bien esa grande aflicción y la haga contribuir al desarrollo de la religion en ese país tan amado de nuestro difunto hermano. Muchos en América se acordarán con tierna afección del nombre de D. Antonio Carrasco, con quien esperan encontrarse en donde no habrá ni pena, ni llantos, ni dolor. No trataremos de explicar esta incomprensible dispensación providencial; pero os encomendamos al Dios de toda consolación y á la palabra de su gracia. En esta, como en muchas otras visitaciones á sus hijos, parece decirles: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; mas lo entenderás despues.» (Juan, XIII, 7.)

Podeis, amados hermanos, contar siempre con nuestras sinceras simpatías en vuestra profunda aflicción y con nuestras oraciones, para que podais decir con nuestro divino modelo Jesucristo en sus sufrimientos: «Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos.» (Mateo, XI, 26.)

En el nombre de la Alianza Evangélica de Halifax os presentamos sus cristianas simpatías.

Vuestros sinceros hermanos en Cristo, Dr. M. W. Parker, Presidente.—Roberto Murray, Secretario.

Halifax, Diciembre, 1873.

NOTICIAS.

Hemos sabido con profunda satisfacción por un telegrama que ha recibido uno de nuestros hermanos, que la señora de Carrasco é hijos habian llegado á Ginebra sin novedad de ninguna especie. Nos congratulamos vivamente por ello y damos gracias á Dios porque les ha librado de todo riesgo, especialmente en su trayecto por España, en donde tantos peligros se ofrecen al viajero á causa de los carlistas que infestan la mayoría de nuestras provincias.

Hacemos votos fervientes por esa familia, y creemos que en esa tierra de Ginebra, donde se educó y vivió mucho tiempo nuestro inolvidable amigo, hallará grato consuelo á sus penas y podrá vivir tranquilamente en el Señor.

También sabemos por una noticia que leemos en un periódico extranjero, que la suscripción llevada á efecto en los Estados Unidos en favor de las familias Pronier y Carrasco ascendía á la suma de 10.000 liras.

Mucho nos alegra esta noticia, porque ella nos hace tener la seguridad de que el porvenir de la señora é hijos de Carrasco están asegurados, mucho más cuando otros cristianos de Europa han trabajado y trabajan con el mismo fin.

Rogamos á los pastores de las diferentes iglesias evangélicas de España que nos envíen de cuando en cuando noticias del estado de sus respectivas congregaciones y de lo que en ellas sucede. Nuestros hermanos del extranjero desean con anhelo saber noticias de todas ellas, y especialmente hoy á causa de la crisis por que atraviesa el país.

¿No nos remitirán un estado de sus obras respectivas los pastores de Zaragoza, Camuñas, Valladolid, Bellas-Vistas y demás iglesias evangélicas españolas? Esperamos que sí. Y esto se lo agradecerán, no solo nuestros hermanos del extranjero, sino también nuestros lectores de España, que desean con vivo anhelo tener noticias del adelantamiento de la obra de Dios en nuestro país.

Ya saben nuestros lectores que la iglesia de Córdoba ha tomado una casa por su propia cuenta, en donde se ha constituido desde primero de Febrero, dando el competente aviso á las autoridades locales.

Desde entonces acá dicha iglesia ha celebrado tres bautismos, y un culto extraordinario dedicado á la memoria de nuestro querido hermano Sr. Carrasco, adhiriéndose su congregación al profundo sentimiento que ha sentido y siente aún y sentirá por mucho tiempo por tan inmensa pérdida la iglesia de la Madera Baja. Uno de los pasados domingos se celebró en aquella iglesia la Santa Cena, en la que se estrenó el servicio costeado por los fieles, habiéndose acercado á la mesa del Señor 76 comulgantes. El servicio y asistencia, nos dice el pastor de aquella iglesia, fueron admirables.

¡Imploremos, añade el mismo pastor, refiriéndose á la orfandad en que la iglesia de Córdoba se encuentra, la misericordia de Dios y acatemos su santa voluntad!

El Sr. Alonso se ha encargado de la escuela de niñas de la iglesia de la Madera Baja. Tenemos entendido que nuestro hermano Mr. Amstroang, bajo cuya dirección se encontraba esta escuela, la deja para retirarse

á Barcelona á trabajar allí en la obra del Evangelio. En el número que viene daremos más detalles sobre esta escuela y la manera que se organizará en lo futuro.

En una de las pasadas semanas en la capilla evangélica de Chamberí hubo una especie de misión, predicando sermones cada uno de los días de la semana distintos hermanos nuestros. Al propio tiempo en la iglesia católica de Chamberí sucedía lo propio. Nos dicen que la asistencia á la capilla evangélica ha sido numerosa y que los sermones en ella predicados han traído á Jesús algunas almas. Nos congratulamos por tan prósperos resultados, y, puesto que le producen, desearíamos verlas repetidas tanto cuanto lo consientan las circunstancias.

Habiendo sido reclamados algunos libros del señor Carrasco, que no se hallan en su biblioteca, se suplica á las personas en cuyo poder se encuentren, se sirvan remitirlos á la capilla de la Madera Baja, para ponerlos á disposición de los interesados.

LA LUZ PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

	Santa Isabel, 39, 2.º, derecha.
En Madrid.....	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza....	Calle de San Jorge, cochera Ascobaretta.
En Valladolid..	Regalado, 5, Capilla evangélica.
En Cartagena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia....	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID.—1874

IMP. DE MANUEL G. HERNANDEZ
San Miguel, 23, bajo

titudin del matrimonio pide antes que todo la union de los corazones, y que su objeto es conservar en esos corazones afecciones vivas y puras á las cuales solo la muerte debe poner término. Las Escrituras hacen descansar la dicha de la vida conyugal sobre estos dos puntos esenciales: El amor permanente del marido para su mujer, y la sumision voluntaria de la mujer á su marido. Verdad es que el amor es también un deber para la mujer; pero por varios motivos el amor de la mujer no es tan propenso á debilitarse como el del marido. Hay que reparar que en las Epístolas no se recomienda mas que una sola vez á las mujeres de amar á sus maridos y á sus hijos, (Tito, II, 4) mientras que los maridos son exhortados varias veces á amar sus mujeres, segun lo vemos en las Epístolas á los Efesios y á los Colosenses. San Pedro los exhorta también diciendo: Vosotros también, maridos, habita con ellas segun ciencia, dando honor á la mujer como á un vaso más frágil. (1.ª Pedro, III, 7.)

El Espíritu Santo nos enseña, pues, claramente que si los maridos son fieles á sus compromisos de amar y querer á sus mujeres, no pueden menos de contar con un crecimiento

de dicha en su vida conyugal. Ciego sería y falto de corazón el que no viera con profundo pesar las consecuencias evidentes de una afección en decadencia; sin embargo, es justo añadir que para poder resistir á los acometimientos del tiempo, que poco á poco hace languidecer todas las cosas, el amor del marido debe no solamente provenir de un corazón leal y sincero, pero también ser alimentado por el cariño constante y sumiso de la mujer. ¡Cuántas esposas hay cuyo corazón es quebrantado al ver cada día más claramente disminuir el sitio que ellas ocupaban al principio en la afección de sus maridos, afección que entonces causaba su mayor alegría! Es preciso conocer poco la naturaleza humana y la palabra de Dios (ese remedio á todas las faltas y á todas las locuras de los hombres), para creer inútil recomendar á los maridos la constancia de su afección para con sus mujeres. ¡Hay tantas causas que contribuyen á enfriar, si no á alejar del todo sus corazones, al principio ardiendo en amor! Algunas veces las circunstancias exteriores bastan para traer este triste resultado. La prosperidad aturde y desvia poco á poco las afecciones; la adversidad agria el humor y marchita las alegrías y las dulzuras de

cado por la mano omnipotente que puede hacer todas cosas nuevas, antes que una flor celeste pueda crecer y derramar su dulce perfume en el corazón y en el hogar doméstico.

La afección natural sola, por ardiente y sincera que sea, es demasiado inconstante, demasiado débil de por sí para resistir á las terribles pruebas que regularmente se encuentran en el matrimonio, á pesar de la más brillante perspectiva de felicidad. Las personas mundanas que no temen obrar constantemente en oposición á la voluntad de Dios, no ponen tampoco mucho cuidado para evitar cosas que pueden perjudicar á su dicha recíproca. Que el marido tan solo se vuelva reservado ó la mujer dejada, y pronto los corazones se cerrarán el uno para el otro; este no teniendo ya nada que admirar, y aquella no haciendo ningún esfuerzo para agradar, la afección se volverá sosa, insípida, la simpatía languidecerá y la union de los corazones concluirá por desaparecer. Cuando las cosas han llegado á este punto, hay en realidad pocas posiciones que dejen más que desear y en las cuales haya más que temer.

Pero, ¡cuán diferente es todo con la piedad, que tiene las promesas de la vida presente y de